

por Bateaux en su prólogo al Horacio frances; el libro de Daniel Huet, hombre doctísimo, *De Optimo genere interpretandi*; el prólogo de D. Francisco Cubillas Donyague sobre su traducción de la *Vida devota* de San Francisco de Sales; el prólogo de Dacier á la versión de las *Vidas paralelas* de Plutarco; el prólogo de Goya y Muniain á su traducción de los *Comentarios* de Julio César, y otros muchos.

Presentadas las muestras del original italiano, de la traducción literal en prosa y de las dos versiones en verso castellano, réstame hacer notar que, teniendo presentes las reglas de los preceptistas, es la del Sr. Gómez del Palacio la que puede reputarse más apegada al original del Tasso. En ella no solamente *interpretó* con exactitud, sino que siguió con *estudio* las palabras del poeta de Sorrento, y dividió los períodos como éste lo hiciera. Cumpliendo con la ley forzosa de *no quitar nada ni añadir*, desempeñó su tarea *enajenado en cierta manera, de sí, revistiéndose del autor*.

Así, por ejemplo, miéntras que el Conde de Cheste parafrasea, pudiera decirse así, la primera octava, el Sr. Gómez del Palacio la vierte literalmente, sin que le haga perder su original belleza y poesía, cuando dice:

Canto las armas pias y el guerrero
Que de Cristo libró la tumba santa;
Mucho su mente obró, mucho su acero,
Y mil penas turbaron gloria tanta, etc.

miéntras que el Conde de Cheste traduce:

Las pias armas canto y el guerrero
Que la gloriosa empresa coronando,
La tumba de Jesus *salvó el primero*,
El ánimo y la espada trabajando, etc.

Obsérvese que en el original no existe la frase: *la gloriosa empresa coronando*; que el Tasso puso *Cristo* y no *Jesus*, por

más que los dos nombres sean usados indistintamente; y que tampoco trae el original *salvó el primero*.

Si examinamos de igual manera la segunda estrofa ú octava, verémos que hay no sólo mayor fidelidad en la traducción, sino mayor propiedad en la elección de las palabras. Veámoslo, aunque sea preciso copiar íntegras ambas octavas.

Del Conde de Cheste:

¡O Musa! tú que de laurel la frente
No *vistes* en las cumbres de Helicon,
Mas en el cielo *entre la electa gente*
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Inunda el alma de piedad ferviente,
Inspira mis acentos, y perdona
Si, á mundanos deleites acudiendo,
Verdades y artificios voy tejiendo.

Del Sr. Gómez del Palacio:

Musa, que de laureles de este suelo
No circundas tu frente en Helicon,
Mas entre santos coros en el cielo
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Llena mi pecho de celeste anhelo,
Mi humilde voz levanta; mas perdona
Si voy mezclando á la verdad sincera
Adornos bajos para tu alta esfera.

Si el Tasso dijo á su musa que con fugaces laureles no *circunda* la frente en Helicon, sino que en el cielo y entre los santos coros *tiene* de estrellas inmortal corona, etc., no podemos dejar de reconocer que el verbo *vestir* y la frase *entre la electa gente*, empleados por el traductor español, se apartan mucho de la idea del original.

La octava tercera, como las anteriores, revela en la versión del Sr. Gómez del Palacio, que éste procuró, mucho más que el Conde de Cheste, ser un traductor fiel. Dijo el Tasso que

10745

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

el mundo corre á donde le enajenan más las dulzuras del Parnaso, y que la verdad, dicha en dulces versos, sujetando á los más rebeldes, los persuade. El traductor español interpreta estas palabras de la manera siguiente:

Sabes que *el hombre* corre do el Parnaso
Sus *lisonjeros dones* siempre abulta,
Y al pecho más esquivo se abre paso
En dulces versos la verdad *oculta*.

Nótese desde luego que el traductor mexicano se apartó mucho ménos del original al decir:

Que halla en el *mundo* plácida acogida
Del Parnaso el idioma lisonjero,
Y en blandos versos la verdad vertida
Doma y persuade el ánimo más fiero.

“La verdad dicha en dulces versos, sujetando á los más rebeldes, los persuade”—dijo el Tasso, y no que *abulte* siempre sus lisonjeros dones, ni mucho ménos que *oculte* la verdad.

En los cuatro versos restantes sucede otro tanto, pues en ellos encontramos á una *hermana adulta* de que el hijo de Sorrento no hace mencion.

De cada una de las subsecuentes octavas podria yo presentar aquí igual análisis; pero lo juzgo innecesario, y creo además que cansaria al lector, y que correria yo el peligro de ser tachado de excesivamente nimio y escrupuloso. Además, no es mi intento, como al principio dije, censurar la version española, sino patentizar que con grande acierto la hizo tambien nuestro compatriota, y esto creo haberlo demostrado ya, con sólo poner junto á las estrofas del Tasso las del Conde de Cheste y las del Sr. Gómez del Palacio, sin cansar al lector con numerosos ejemplos. Pero no está por demas, ya que de un estudio comparativo se trata, presentar aquí las primeras doce octavas de la version del Sr. Pesado, citada ántes. El Sr. Pesado es, sin contradiccion, reputado como una de las

más puras glorias de nuestro Parnaso, y por lo mismo redundará en honra del Sr. Gómez del Palacio la demostracion de la superioridad que es debido conceder á éste sobre aquel, en lo que respecta á la traduccion del poema del Tasso; pues sin esfuerzo puede notar cualquiera, que hay mucha mayor exactitud en la version del Sr. Gómez del Palacio, porque el Sr. Pesado parafraseó aun más que el Conde de Cheste.

Hé aquí sus versos:

I

Las armas canto y el varon cristiano
Que el gran sepulcro libertó de Cristo:
Mucho obró con la mente y con la mano,
De fe animado y de valor provisto:
Venció al infierno, que se opuso en vano,
Y al Asia y Libia, con valor no visto;
Y tuvo ante se seña esclarecida,
Su vagarosa gente recogida.

II

¡Oh Musa! tú que en la celeste esfera
De estrellas ciñes inmortal corona,
No de rama fugaz, perecedera,
En la mentida márgen de Helicon;
Mi pecho enciende en llama duradera,
Ilustra mi cantar; y tú perdona,
Si entretejo tus páginas de flores,
Y presto á la verdad vivos colores.

III

Sabes que á todos place la armonía
De los sonoros metros del Parnaso,
Y que la Verdad y la Poesía
Para más persuadir se unen acaso.
Así al doliente niño, madre pia
Le barniza de miel la orla del vaso;
Él bebe amargo jugo, y no percibe
Que de su engaño la salud recibe.

IV

Tú, magnánimo, Alfonso, que me llevas
 En alas de tu próspera fortuna,
 Cuando en profundo mar de amargas pruebas
 Vagaba yo sin esperanza alguna;
 Si recibes mi canto, si lo apruebas,
 Y si mi rima á tí no es importuna,
 De tí despues dirá, sonora y rica,
 Hazañas que ora apénas pronostica.

V

Justo será (si en paz á verse llega
 Este batallador pueblo cristiano,
 Y en naves y caballos pide entrega
 De su presa voraz al Trace insano)
 Que el cetro de la mar, si á tí te plega,
 Tengas, ó el de la tierra soberano:
 Émulo de Gofredo, oye, te ruego,
 Y apréstate á la guerra airado luego.

VI

Eran seis años que en Oriente habia
 El cruzado vencido en la pelea,
 Lanzando á los infieles de Antioquía
 Y asaltando los muros de Nicea:
 A su valor el Persa se rendia,
 Y allá en Tortosa su bandera ondea,
 Recogiendo su tropa en cerco breve
 Bajo las tiendas que escarchó la nieve.

VII

Se acercaba á su fin aquel invierno,
 Y asomaba la dulce primavera,
 Cuando de su alto solio el Padre Eterno
 (Solio que con mil luces reverbera,
 Y cuanto las estrellas del infierno
 Se alzan, él se alza sobre la alta esfera)
 Volvió al suelo los ojos, y vió junto
 El orbe reducido á sólo un punto.

VIII

Con vista perspicaz observa y mira
 Congregados en Siria los cristianos;
 Ni á sus ojos se esconde y se retira
 El secreto pensar de los humanos:
 Observa que Gofredo sólo aspira
 A purgar á Salem de impíos paganos,
 Y que armado de fe y de santo celo,
 Gloria y poder desprecia de este suelo.

IX

Y ve que Baldovino, codicioso,
 A humanas glorias y grandeza aspira:
 Que Tancredo, de vida desdeñoso,
 Tas un liviano amor corre y delira:
 Que Bohemundo, un reino poderoso
 A fundar sólo en su provecho aspira,
 Establecer costumbres, dictar leyes,
 Y dar origen á famosos reyes:

X

Y que en esto se encuentra tan entero,
 Que otra empresa ni sufre ni consiente.
 Halla en Reinaldo un ánimo guerrero,
 Y espíritu vivaz, genio impaciente.
 No en busca de oro esgrimirá su acero,
 Sino de honor inmarcesible ardiente:
 Güelfo le enseña y graba en la memoria
 Hechos y hazañas de la antigua historia.

XI

Despues que de estos y otros lidiadores
 Miró en el corazon el Rey del mundo,
 Llama á Gabriel, bañado en esplendores,
 De sus primeros ángeles segundo:
 El que inicia en la tierra sus favores:
 De su gloria y bondad nuncio facundo:
 Mensajero de Dios en este suelo,
 Intercesor del hombre allá en el cielo.

XII

Y Dios le dice: á Palestina baja
 Y dí á Gofredo:—"Qué tardanza es esa?
 ¿Por qué la guerra su vigor relaja?
 ¿Por qué no libras á Salem opresa?
 Cíñete de valor, obra, trabaja
 En dar remate á la sagrada empresa:
 Que tú eres el caudillo designado
 Por mí, del noble ejército cruzado."—

Aunque no entra en el plan que me he propuesto seguir, la comparacion de las octavas de Pesado con las del Conde de Cheste y con las del Sr. Gómez del Palacio, creo pertinente decir, que Pesado es, aun más que el Director de la Academia Española, un traductor poco fiel. Llama á Godofredo *varon cristiano*, y el Tasso le llama únicamente capitán, resultando de mal efecto la frase "varon cristiano que libertó el sepulcro de Cristo."

En el original no se halla este verso:

De fe animado y de valor provisto,

que es un ripio como lo son igualmente la "mentida márgen de Helicon," la "llama duradera," en vez de "celestes ardor," las "páginas de flores," y otras muchas palabras traídas por la fuerza del consonante ó por completar las octavas. En la tercera se aparta del original de un modo extremo, y así en las demas, como sería muy fácil demostrar.

No sucede lo mismo en la version del Sr. Gómez del Palacio. Éste, sin sacrificar la forma, sin ser un traductor servil, procura que el lector conozca los pensamientos del vate sorrentino, como los expresara, sin pretender añadirles nuevas galas ni inútiles afeites; de manera que aquellos que poseen con perfeccion el italiano y han gozado con la lectura de la *Jerusalem* en ese idioma, no echan de ménos ninguna de las

ideas que les eran ya familiares; y los que por primera vez se consagran á esta lectura, pueden estar seguros de que conocerán el poema tal cual fué escrito.

Hay en la version del Sr. Gómez del Palacio pasajes tan llenos de esplendor y de armonía, que los mismos que poseen el idioma del Tasso encuentran positivo deleite leyéndole en nuestra sonora lengua, en esta version. Identificóse de tal manera á la idea del autor, que no es fácil descubrir el artificio de toda traduccion. Posesionado del asunto, no lo interpreta, sino que lo canta con el mismo vigor, con el mismo fuego con que lo hiciera el desventurado amante de Eleonora; como si fuese inspiracion propia. Cualquiera persona ilustrada sabe muy bien hasta dónde llegan las dificultades que necesita vencer el que acomete empresa de tal magnitud como lo es la que con tan feliz y sorprendente éxito llevó á cabo el abogado duranguense. Orgullosos debemos estar los mexicanos de que á las patrias letras quepa tan legítima honra. No importa, lo repito, que sea excelente la traduccion de la *Jerusalem* por el Sr. Director de la Academia Española, toda vez que la que nos pertenece fué hecha sin conocer aquella, y sin más guía que el original italiano.

No es, ciertamente, esta la primera obra que en México ha sido vertida fiel y acertadamente á nuestra rica habla; ocasion es de decirlo.

Si, aunque sea rápidamente, recorremos la historia de las letras mexicanas, encontramos que en sus diversos periodos ofrece traductores nada vulgares. Citaré algunos en comprobacion, sin incluir á Alegre, que puso en versos latinos la Iliada de Homero, porque hablamos de traducciones castellanas.

Del griego tradujo, directamente, el Ilmo. Sr. Montes de Oca, hoy obispo de San Luis Potosí, los *Bucólicos* y las *Odas de Pindaro*, mereciendo que ambas versiones sean reimpre-sas en Madrid, en dos tomos de la "Biblioteca Clásica."

Del latin tradujo, en el siglo XVI, D. Vicente Torija las

obras de Virgilio, en verso castellano. Más tarde, D. José Rafael Larrañaga publicó en 1787 una correcta traducción de las mismas obras de Virgilio, también en verso castellano, en cuatro tomos. Después, en 1827, publicóse la de las *Heroidas* de Ovidio, por D. Anastasio Ochoa y Acuña, que es superior, y con mucho, á la versión que hizo D. Diego Mejía, como en breve habré de demostrarlo en otro estudio que al intento preparo. Otros varios de nuestros más renombrados literatos han puesto en verso castellano diversas obras de Horacio, y en nuestros días el Sr. D. José María Vigil, Director de la Biblioteca Nacional, publicó su estimabilísima traducción de las *Sátiras de Persio*, con muy eruditas notas.

Del alemán vertió el distinguido académico D. José Sebastian Segura, la famosa poesía de Schiller, *La Campana*, y otras de menor extensión, y D. Rafael de Zayas Enriquez, poeta y literato veracruzano, la mayor parte de los cantos de Ulhan.

Del inglés tradujo el Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal, hoy Secretario de Relaciones, la magnífica poesía de Edgar Poe, *El Cuervo*, con aplauso universal, y otras varias composiciones de diversos autores. El Sr. Lic. D. Joaquin D. Casasús, tradujo el bellissimo poema de Longfellow, *Evangelina*, con éxito brillante.

Respecto á traducciones del francés, poseemos tal número de poesías sueltas y de poemas breves, que necesitaríamos extendernos mucho si pretendiéramos citar los nombres de los que las han llevado á cabo. Puede decirse, sin temor de errar, que muy contados son los poetas mexicanos que no ofrecen en la colección de sus obras versiones de poetas franceses. Las de mayor extensión que yo recuerdo, son las de la *Poética* de Boileau y el *Telémaco* de Fenelon, por Ochoa, y la de las *Fábulas de Lafontaine* por D. Lorenzo Elizaga.

Del italiano tradujo Ochoa la *Virginia* de Alfieri; Zumaya, en el siglo XVIII, tradujo varias óperas, y en nuestra época al dulce poeta D. Luis Gonzaga Ortiz se debe la de la trage-

dia *Francesca de Rimini*. Carpio, Pesado, Peredo y otros, deben ser citados entre los traductores del italiano.

Curiosa y por demás interesante sería la bibliografía que pudiera muy bien formarse de las traducciones hechas en México, sobre todo si se hiciese extensiva á las obras en prosa. No cabe semejante empresa en los límites que me he impuesto, y tengo que concretarme á hacer tan sólo la brevísima indicación que precede, no sin advertir de paso, que no he citado muchas traducciones que llamaría de segunda mano, porque fueron hechas en presencia de traducciones francesas.

La predilección que nuestro por las buenas versiones castellanas de las obras clásicas, y en general de las que pueden contribuir al adelanto literario y científico de nuestra patria, tal vez me atraiga ciertas censuras. Debo por lo mismo, pues la ocasión no puede ser más oportuna para verificarlo, hacer algunas observaciones respecto á la conveniencia y á la utilidad de las traducciones, pues no estoy conforme con Etienne, autor que ya he citado, quien afirma que la traducción, en verso sobre todo, no es más que un ejercicio, una gimnástica de la inteligencia, útil para una lengua en vía de formación, pero que más tarde no puede ser sino una causa de empobrecimiento para el genio nacional. Aun dando por cierto que Etienne hubiese asentado una verdad absoluta al referirse á pueblos con cuya cultura intelectual no es dado equiparar la del nuestro, preciso es convenir en que su doctrina es inaplicable al México actual. Creo, por el contrario, que si algo puede contribuir á la creación de una epopeya nacional, de que aun carecemos, es la generalización del conocimiento de los grandes modelos que otros siglos y otras naciones nos han legado. Ningun conocedor de la literatura nacional dejará de confesar que los cantos, mejor dicho, que los fragmentos épicos debidos hasta hoy á los poetas mexicanos, no responden á la magnitud de los grandes hechos históricos que en ellos se conmemoran y pretenden immortalizar. Ni la

epopeya sublime de la defensa de Anáhuac en el siglo XVI, ni la epopeya grandiosa de la Independencia á principios del siglo actual, están escritas: Cuauhtemoc no ha tenido su Homero; Hidalgo espera aún en su tumba un Tasso que cante la libertad de México por el héroe venerable proclamada.

Se me dirá que, con señalada excepcion, todos nuestros poetas han conocido y conocen los poemas griegos, latinos é italianos, si no en su lengua original, sí por medio de las versiones francesas, y que á pesar de esta circunstancia, el vacío de que hablo sigue notándose, y se me dirá tambien que este es el testimonio más irrecusable de que no por falta de modelos, sino porque aun no hemos tenido un bardo de tan elevada talla como la de los autores de esos poemas extranjeros, carecemos todavía de un verdadero poema épico mexicano. Por último, se me presentarán argumentos basados en el principio de que no todos los períodos literarios de un pueblo son apropiados á semejantes creaciones; que en nuestra época no son las bellas letras sino las elucubraciones de la ciencia y de la política las que absorben las más privilegiadas inteligencias. Creo, sin embargo de que no me son desconocidas estas y otras objeciones, que precisamente porque no atravesamos una época, dirélo así, de inspiracion espontánea, sino otra que podria llamarse erudita, es en el actual momento en el que deberia intentarse, cuando ménos, la formacion de la epopeya nacional. No están borrados los recuerdos de la heroicidad azteca; están frescos todavía los de la cruenta lucha por inscribir el nombre de la patria entre los de los pueblos libres; y para robustecer la inspiracion de los que deben cantar las glorias de Cuauhtemoc y de Hidalgo, para que la belleza de la forma de esos cantos esté al nivel de la grandeza del asunto, ¿qué mejor modelo que el que ofrecen las versiones á nuestra sonora lengua, de los poemas épicos que las naciones todas han cuidado de conservar y popularizar pasándolos á sus respectivos idiomas?

Hija acaso de la vanidad, ha nacido y se ha propagado entre nosotros cierta afectada indiferencia, ó por mejor decir, cierto injustificable desden hácia la literatura española, y muy especialmente hácia las versiones que á nuestro idioma se han hecho y hacen, lo mismo de las obras de la antigüedad clásica que las que difunden en España y en las naciones que de ella proceden, las producciones científicas y literarias modernas de Alemania, Inglaterra, Francia é Italia. No ya los que poseen con perfeccion varios idiomas extraños, aun los que únicamente han aprendido á traducir el frances en las escuelas preparatorias, para poder seguir los cursos superiores en libros escritos en aquella lengua, parece como que se duelen de que haya todavía quien lea ó estudie en español. Sucede así muchas veces, que cuando, como en el caso que motiva este escrito, se anuncia la aparicion de la version castellana de una obra inmortalizada por la admiracion y por el aplauso de centenares de generaciones, dogmáticamente se declara que son preferibles, y con mucho, las que existen en la lengua de Racine y de Molière. ¡Cosa singular: ninguno se avergüenza de ignorar las reglas para hablar bien y escribir con propiedad el idioma de sus padres, y sí causa rubor confesar que no se poseen sino superficiales conocimientos de una lengua extraña!

En vano se aduce el testimonio de los sabios que han demostrado que ninguna de las lenguas vivas aventaja en majestad, energía, riqueza, armonía y otras muchas cualidades excelentes á la lengua de Luis de Leon y de Garcilaso; en vano se patentiza que entre sus hermanas, como ha dicho un escritor, es la lengua castellana la que más se parece á su antigua madre la latina, y la que retrata mejor en sí las perfecciones de ella. No importa que los franceses mismos afirmen que entre todas las lenguas vivas ésta es la más armoniosa y la que más participa de las riquezas de la griega, no ménos por la variedad de las fórmulas y por la gran copia de sus

terminaciones en todo cumplidas, que por el nivel perfecto de sus palabras, siempre sonoras. De nada sirve que italianos eruditos como Gosselini que floreció en el siglo XVI, y otros muchos, encarezcan sus preeminencias; todo es inútil para convencer á los que tienen por regla desdeñar las obras, originales ó traducidas, en español. De aquí que, en las producciones de esos mismos y en las de sus sectarios, sea difícil encontrar las bellezas y galas del idioma en que están escritas, pues casi siempre emplean, en confusa algarabía, las locuciones de lenguas extrañas y alguno que otro giro propio que inadvertidamente dejan deslizarse, que si lo observaran, preferirían darle forma afrancesada.

Hemos pasado de un extremo á otro. Privaron durante los siglos de la dominación colonial las letras castellanas, con exclusión absoluta de las demás, si se exceptúan las latinas. Persistió en los primeros decenios de nuestra vida libre é independiente, esa preferencia, y cuando las nuevas generaciones quisieron romper completamente con el pasado, se entregaron á la literatura francesa, abandonaron la española hasta el punto de menospreciarla, sin reflexionar que su cultivo era necesario de todo punto, puesto que en este idioma y no en otro tenían que transmitir á los demás sus pensamientos, bien fuese para la propagación de los nuevos dogmas políticos, bien para la enunciación de las ideas artísticas, literarias ó científicas.

Ciertamente que en descargo de los que más han influido en generalizar ese desden de que nos lamentamos, puede asegurarse que los malos traductores españoles son los que han engendrado en el ánimo de aquellos las ideas que profesan. Ya en otro lugar dijimos cuáles son las condiciones que exige una traducción para ser digna de estima, y nada difícil, pero sí difuso, sería demostrar que en las versiones del teatro frances y en las de las novelas de la misma procedencia, especialmente en estos dos géneros, y en seguida en las obras

científicas, la mayor parte de las traducciones españolas que en nuestro país circulan, no sólo no llenan los requisitos que con justicia se les puede exigir, sino que, por su arbitrariedad, por su desenfado, por sus imperdonables ligerezas, se puede asegurar que no sólo desfiguran sino tergiversan por completo los pensamientos de los autores. Necesítase, pues, emplear gran discernimiento para no dar entrada sino á las buenas traducciones; pero entre esto y negar que existan, médiase una gran diferencia. Es más todavía: las traducciones francesas, á ménos que hubiesen sido hechas por hombres verdaderamente eruditos y concienzudos, falsean mucho el carácter del original, y de ello se han quejado no pocas veces los mismos franceses. Tal vez más aún que los españoles, proceden con libertad tan extremada, que no parece sino que tratan de dar nueva forma á los pensamientos, si es que no llevan su osadía al punto de cambiar el sentido de esos pensamientos.

Para que se vea hasta dónde llegan las libertades que se permiten tomar algunos traductores, voy á transcribir un curioso pasaje que hallo en la *Historia de la literatura española* por Ticknor:

Hablando de los poemas épicos en el siglo XVII, dice:

“La segunda tentativa es una de las más absurdas que se conocen en la historia de la literatura, y fué hecha por D. Juan Antonio de Vera y Figueroa, Conde de la Roca, largo tiempo embajador de España en Venecia, y autor de un precioso tratado en prosa, acerca de los derechos y deberes de un embajador, é intitulado: “El Embajador.”

“Había comenzado Vera por traducir al español la *Jerusalem Libertada* del Tasso, y estaba ya á punto de publicarla, cuando repentinamente varió de idea, y acomodó su obra, sujeto, ornamento poético, y todos los otros accesorios, á “La Conquista de Sevilla por San Fernando.” La metamorfosis fué tan completa como ninguna de las de Ovidio; pero no tan

graciosa, y la trasformacion es perfectamente clara, sobre todo en el libro segundo, en donde la tierna y conmovedora historia de Olindo y Sofronia se convierte en un episodio semejante entre Leocadio y Galinda.

“Para hacer más grotesca esta composicion, y darle todo el aire de una grave y séria caricatura, el poema está escrito en redondillas castellanas antiguas, y consta de veinte libros, para no discrepar ni en eso de la *Jerusalem Libertada*, que está dividida en veinte cantos.”

Al leer el anterior pasaje en Ticknor, no pude ménos sino recordar lo que en materia de traducciones para el teatro pasa todos los días en España. Frecuentemente, las traducciones de las zarzuelas y de los dramas franceses no son sino *arreglos* á la escena española, en los que no sólo se cambia el nombre de los lugares, sino que se desnaturaliza por completo el pensamiento del autor original.

Los traductores iberos tienen, con muy marcadas excepciones, la manía de españolizarlo todo, aun cuando resulten las más groseras aberraciones.

Volvamos al tema de este estudio.

Los que por hacer alarde de una familiaridad absoluta con las lenguas extrañas, y especialmente con la francesa, leen en este idioma sin el auxilio del Diccionario, al leer vierten de la manera más libre y arbitraria, miéntras que el traductor concienzudo se entrega á sérias y laboriosas consultas é investigaciones ántes de estampar la frase traducida, á fin no sólo de no incurrir por ligereza en error, sino que para él, traducir es un arte sujeto á reglas, y porque busca la aprobacion de los inteligentes en ese arte, sin la cual ninguna gloria podria resultarle de su ímprobo trabajo.

Si bien es cierto que los triunfos del traductor jamas podrán equipararse con los del que llega á merecer el nombre de creador; si el triunfo de éste ofusca siempre al de aquel; por magistral que sea su obra, jamas podrá decirse con justi-

cia que el traducir bien sea un trabajo meramente mecánico, toda vez que presupone conocimientos profundos en otras lenguas, posesion completa de la propia, y conocimientos extensos en los grandes modelos de la literatura de su patria y de las extrañas.

Todas estas y otras razones que omito, á causa de la extension que sin querer he ido dando á este estudio, me indujeron á emprenderlo, animándome tambien el deseo de cooperar á que se llevase á feliz término la impresion ya comenzada de la version castellana de la *Jerusalem* por nuestro compatriota el Sr. Lic. D. Francisco Gómez del Palacio. No importa que esté en circulacion en España y en toda la América latina la del Sr. Director de la Academia Española; siempre será un nuevo timbre para las tetras mexicanas que á ella se deba otra, que no yo, sino personas á todas luces competentes, califican de excelente.

Voy á terminar con las palabras mismas con que concluye la introduccion puesta por D. Amador de los Rios á la primera edicion de la version castellana hecha por el hoy Conde de Cheste, entónces Teniente General, Marqués de la Pezuela. “No olvidemos—dice—que sin verdaderas virtudes poéticas, jamas hubiera podido alcanzar tan brillante éxito, y tributémosle, en nombre de la literatura nacional, las más cumplidas gracias por haber consagrado todos sus ocios á empresa tan útil como meritoria. Y si el Parnaso frances se gloria de poseer entre tantos ensayos hechos desde el siglo XVII, una version de la *Jerusalem*, tan afortunada y aplaudida como la de M. Baur Lormian, no ménos pagado debe mostrarse el español al contar entre los inestimables tesoros que lo enriquecen, la traduccion que, bajo los auspicios de la Reina de España, aparece hoy en el orbe literario.”

Sin embarazo podemos decir, valiéndonos de las mismas palabras del Sr. de los Rios, que el Parnaso mexicano debe mostrarse pagado al contar entre sus tesoros la hermosa tra-

duccion de la *Jerusalem*, hecha por el Sr. Lic. D. Francisco Gómez del Palacio, de que acabo de dar imperfecta idea, y que va á conocer hoy el mundo literario en la presente edicion, merced al noble é ilustrado empeño con que el Sr. Ministro de Fomento, General D. Cárlos Pacheco, protege la impresion de las obras de autores nacionales.

FRANCISCO SOSA.

LA JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO PRIMERO.

Recibe Gofredo de Bullon un mensajero de Dios:
eligenle los príncipes por capitán: pasa muestra á su ejército y da principio á la empresa.

I

Canto las armas pias y el guerrero
Que de Cristo libró la Tumba Santa;
Mucho su mente obró, mucho su acero,
Y mil penas turbaron gloria tanta.
Luchó en vano el infierno; el pueblo fiero
Que Asia y Libia juntaran no le espanta,
Que guia el Cielo mismo sus pendones,
Seguidos de la flor de las naciones.

II

Musa que de laureles de este suelo
No circundas tu frente en Helicon,
Mas entre santos coros en el cielo
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Llena mi pecho de celeste anhelo,
Mi humilde voz levanta; mas perdona
Si voy mezclando á la verdad sincera
Adornos bajos para tu alta esfera.